

## Un ciclo prometedor

Segunda entrega de una ambiciosa saga narrativa concebida como antinovelística, en ella Juan Almendro, "alter ego" de Roberto Gac, propone su autobiografía, en clave psiquiátrica, en tanto historia referencial a través de la que cuestiona el mundo y sus claves que lo rodean

Juan Almendro  
"El sueño"  
287 páginas  
Montesinos Editor  
Barcelona, 1985

"El sueño" es la segunda novela publicada por el chileno Juan Almendro en la editorial Montesinos. La primera, "El bautismo", aparecida en la misma editorial hace un par de años, proponía el comienzo de una serie de cinco en cuya casi mitad nos encontramos ahora.

Ambas novelas convocan, para su composición, toda clase de recursos narrativos y, más ampliamente, discursivos: monólogos, diálogos teatralizados, sátiras políticas y costumbristas, saltos en el tiempo, sueños, fantasías, multiplicidad de dataciones y tipos de letras, juegos "cultos" en los que aparecen, en el marco de las desventuras "especulares" de la novela misma en trance de gestarse, diversos personajes del "boom" latinoamericano y hasta editores y poetas barceloneses, ya por origen, ya por adopción. Este recurso es contemporáneo de idénticos juegos en "El jardín de al lado" de José Donoso y —con distintas intenciones y diferente función, ligada a otra concepción de la novela— "Penúltimos castigos", de Carlos Barral. Salvo este tipo de literarias inclusiones, el resto de la arquitectura de las obras de Almendro debe sus columnas —mucho más uniformes de lo que una primera mirada puede adivinar— al taller "experimentalista" de los Fuentes, Cabrera Infante, Sarduy o el primer Vargas Llosa. Un "experimentalismo" que no era producto improvisado, sino que debía su incuestionable fuerza y su enorme encanto al trabajo de generaciones anteriores de hispanoamericanos aquí casi secretos: Arreola, Piñeira, Macedonio Fernández, Braulio Arenas, Felisberto Hernández, Leopoldo Marechal. Citas, juegos, parodias, pastiches, estupor surrealista o ultraísta, torsiones lingüísticas o fervoroso antirrealismo a lo Gómez de la Serna.

La escuela de Almendro tiene, así pues, varias generaciones y diversos orígenes: lo que sí es unívoco es el eje central de sus novelas. Digo unívoco porque, a pesar de los cortes, un hilo de fuerza narrativa constante une el fragmentarismo de su intento. Según se mire,



Juan Almendro

este punto puede implicar un desajuste o un triunfo. Desajuste, tal vez, en la concepción, pues el texto, propuesto como "intrínsecamente" fragmentario, se precipita hacia un punto central; triunfo, porque es el predominio de la "historia".

### Fragmento e historia

Lo que transcurre y mantiene el interés de la narración es la "historia": a pesar de la multiplicidad de discursos, unos aparecen como débiles accesorios, los referidos al mundo literario, y otros como esenciales. No sé si Almendro se propuso desmontar el aparato de la ficción "bombardeando" al máximo el discurrir de una cronología tradicional; el efecto de la lectura es paradójico. Pues el fragmento se bombardea y cuestiona a sí mismo; cada uno de los cortes invalida o anula el valor del otro, que le sigue o le antecede. Y en el medio, la historia, la simple historia de una "pérdida" y un iniciador, erige su propia coherencia, "inventa" su propio lector y casi desdeña el resto de la novela. Encuentro gratificante este movimiento; puedo incluso llegar a

afirmar que es lo que sostiene esta novela en lo más válido de sus propuestas, en lo que adivino más perdurable. Su valor está en su atrevimiento; y su atrevimiento no se desboca porque el autor, narrador ágil, de pura raza, se deja vencer —con agradables resultados para el lector— por la posibilidad de contar una historia, por sus propias dotes de romántico "buscador" de bajeles perdidos o Griales femeninos.

Se me permitirá una objeción "ideológica" que es al mismo tiempo la constatación de una ingenuidad no sé si inconsciente por parte del narrador-personaje: es de adolescente suponer que una muchacha de quince años pueda "perderse" porque un "hombre" la "haga mujer": una sola página de Nabokov invalidaría tan presuntuosa y latinoamericana teoría. Pero, salvo esta objeción, el interés por ese "anticuado" mundo austral donde los hombres se siguen creyendo capaces de "iniciar" a las mujeres, se debe a las buenas maneras literarias de este chileno: sus dos novelas son ciertamente vigorosas y prometedoras.

NORA CAPELLI